

Revista de Libros

El jugar del analista

José Valeros

Fondo de Cultura Económica
de Argentina, S.A., 1997

El jugar del analista de José Valeros –recientemente publicado– nos presenta una colección de trabajos asociados por el afán de búsqueda de un psicoanalista de encontrar su propia experiencia. La contribución central es la idea que lo que analizamos y debemos resolver son nuestras resistencias, las del analista, más que las del paciente. Entre las “resistencias del analista” está la de no querer exponer la propia identidad. Para entender la idea de Valeros propongo el concepto de un proceso de *deformación adecuativa*. Es el viejo tema de “los zapatos del otro”. No siempre nos calzan bien, sin cierta deformación de nuestro “pie”. En ese sentido el trabajo del autor apunta a la máxima del psicoanálisis: el instrumento es el psiquismo del analista. Pero el psiquismo no se limita a la “comprensión intelectual”. En todos los casos tendremos un grado, mayor o menor, de adecuación a las vivencias más primarias del paciente, para poder acompañar el pasaje a una experiencia, a algo relata-

ble, a algo pensable. Y esas vivencias no se contienen desde la intelectualidad del analista. Se las contiene con todo el psiquismo, si aceptamos el término abarcativo, *con todo el Self*.

Lo que atrae en Valeros es la modestia con que presenta sus errores y los corrige dentro de una explicación que pasa por la comprensión de sus limitaciones personales o profesionales, las que también –quedó claro– ha podido superar en los casos donde “aprendió de su experiencia”. Estos “errores” parecen ser del tipo de los que mencionaba Glover cuando hablaba del poder terapéutico de las interpretaciones erróneas. Roberto se curó igual, o mejoró mucho. Creo que cambió no sólo porque en cada error hay una parte de verdad, sino porque Valeros buscaba afanosamente. Y Roberto lo “bancó” como el analista que Valeros era en los años 80 (y que también nosotros fuimos) y tomó de él ese afán de búsqueda de lo verdadero. Debe ser esto lo que llevó a Winnicott a dedicar *Juego y Realidad* a sus pacientes “... que pagaron para enseñarme....”.

Tanto Winnicott como Valeros aprendieron jugando con sus pacientes y si queremos aprender de Valeros a través de este libro, ju-

guemos con él a buscar lo verdadero, dentro y fuera de nosotros, del paciente, de los libros.

Hay cuatro temas sobre los que discurre el libro: la valoración de la felicidad, la centralidad de la depresión como expresión de un sinsentido de la vida –un vacío doloroso–, el papel que cumple la aceptación-reconocimiento en las situaciones vinculares y por último la importancia del hacer, del actuar, del realizar más allá de la palabra.

La felicidad no es un concepto que se use en psicoanálisis. Casi diría que no tiene patente de tema “serio”. Felicidad tiene algo de kitsch. En realidad Valeros no se mete con la felicidad solamente, toma todos los afectos como centrales, lo cual es ya una diferencia significativa con muchas líneas teóricas o clínicas. Pero Valeros le da a la felicidad un rol central, protagónico. Es en cierto modo constituyente de un par antítetico: depresión vacía/felicidad. Kohut estableció en la década del 70 la distinción entre placer y alegría, como diferentes niveles de satisfacción (Kohut, 1977). El afirmó que placer y alegría se diferencian en tanto alegría es más abarcativo que placer y que ambas tienen líneas evolutivas diferentes; la primera implica una experiencia del self total, mientras para la segunda no se requiere la totalidad del self y puede experimentarse

por medio de partes constitutivas del mismo.

La centralidad de la depresión en el campo clínico, no es una novedad. En la Argentina Pichón Riviere hablaba de la “enfermedad única”, considerando la depresión como el fondo de todos los problemas patológicos. Considero que Valeros señala la centralidad que tiene en el hecho clínico la depresión *sin contenido*, justamente llamada “vacía”. Señala la línea por la cual depresión y vacío van juntos como expresión de una ausencia transitória o permanente del ser dentro del sujeto. Podemos pensar en aquel rezo que formula Winnicott con su estilo paradójico: “Señor, haz que el día que muera esté vivo”, donde “vivo” remite al estado del psiquismo alerta, dispuesto a las experiencias, con capacidad comutativa y de simbolización. Esta idea de Winnicott antepone al desarrollo psicológico un período de “no estar vivo” que asimila al estado inorgánico al que se refiere Freud cuando explica el origen de la vida. En Winnicott la secuencia es *no vivo* (*unliveliness*), *estar solo*, *conocer la dependencia* (Winnicott, 1988). Otra línea que conecta con la depresión vacía es el sentimiento de *futilidad*. Esa sensación de fracaso aún en el éxito, lo que se hace no sirve, no da satisfacción, no “llena”. Son los logros que provienen del falso

self, aquello que surge de la reacción y de la defensa más que del propio ser, y por lo tanto no llevan a una satisfacción.

La importancia del *reconocimiento* o *aceptación* es algo que siempre supimos, en lo personal. Conceptualmente ha tenido que hacerse un lugar dentro del campo psicoanalítico, y costó establecerlo con cierta validez. El “objeto” formó parte de la definición misma de la pulsión y quedó por muchos años, unos treinta aproximadamente, enlazado al campo libidinal. Los siguientes treinta años el objeto fue compartido con los destinos libidinales y de la proyección bueno-malo. En una tercera etapa surgió el objeto-como-espejo, reflejando conocimiento sobre el sí-mismo, transmitiendo o no aceptación (por parte del género humano, representado por el ambiente cuidador en general, y de la madre como objeto único significativo). Esta visión, traída por Lacan, Winnicott y Kohut, dio lugar a diferentes desarrollos sobre la constitución del sujeto. Sobre su progresiva (nunca concluida) construcción. Creo que Valeros pudo, a lo largo de los años de trabajo con Roberto, elaborar una aceptación de éste como alguien que tiene la característica de lo humano: *comunicarse, buscando para ello crear un lenguaje personal auténtico en tanto verdadera expresión de sí y gene-*

rando variaciones hasta que el interlocutor descifre el mensaje.

Valeros se sometió a un proceso que antes llamamos de *deformación adecuativa* que le requirió algunos años de elaboración y la ayuda de un supervisor que le ratificara que esa deformación adecuativa no había modificado su propia naturaleza de ser humano. ¡Casi nada!

Queda por comentar el lugar que ocupan en el juego el *hacer*, el *actuar*, el *realizar*. Una forma de comunicación por caminos no verbales, la dramatización. La actuación, tanto la de pasar al acto como la que remite a “representación de”. El realizar, de hacer formar parte de la realidad algo que nace en lo subjetivo. Son nociones muy fuertes.

La “acción” nunca fue niña mimada del psicoanálisis. Las referencias al hacer están asociadas con signos negativos, por ejemplo de “impulsividad”, de “imposibilidad de pensar o simbolizar”, de agresividad, aún de destructividad como en el concepto de “acting-out”. No hay una teoría de la acción como consecuencia de la elaboración, como un logro de la salud psíquica, como forma de construir una realidad surgida de la particularidad de cada individuo. La idea que predomina es de la acción como un impedimento o interrupción del proceso analítico.

co. Después de la lectura de *El jugar del analista* nos podemos preguntar si no es una dificultad del analista de comprender las acciones del paciente; si no es una falla del sistema teórico que impide la comprensión de la acción, en síntesis una falla en la comprensión de las discontinuidades en el “discurso analítico” que puede pasar del plano verbal al corporal o a la acción, dentro y fuera de lo patológico. Aún como señal de salud.

En mi comprensión de la descripción que hace Valeros de este proceso con Roberto destaco la importancia de la música como un vehículo de comunicación de lo vivencial, aquello que es pre-experiencial. Diferencio vivencia como algo primario, no conceptualizable, ni verbalizable que con el reiterar de variantes de la vivencia original terminará constituyéndose en una experiencia, o sea algo comunicable verbalmente, algo pensable, que se puede representar de diferentes maneras. La vivencia sólo se puede transmitir en forma de *estado*. No requiere de acuerdos semánticos complejos como la comunicación verbal. En ese sentido la poesía dispondría del doble canal comu-

nidor: lo simbólico-verbal y el componente musical del ritmo y la cadencia, de manera que transmite experiencias –por medio de símbolos– y vivencias –por medio de estados evocados–. Recorremos aquí que una de las dolencias de Roberto era la incapacidad de reconocer, acceder y modificar sus estados. Es decir un trastorno a nivel de la construcción de vivencias, o de algo que impide el pasaje al nivel de experiencias para poder así acceder a los caminos de la modificación y elaboración, propias de la comunicación verbal interpersonal.

Donde Valeros se vuelve a jugar “a fondo” es en el descubrimiento y sostén de la interpretación dramática. Aquel trabajo del analista que ocurre a nivel de las acciones complementarias o suplementarias del comportamiento del paciente en el proceso analítico. Los procesos adaptativos de Valeros –sus propias elaboraciones personales al respecto, en lo teórico y en lo que se refiere a sus impedimentos personales– al lugar en la composición y ejecución de la música de Roberto, *son la terapia de este paciente*.

J. Miguel Hoffmann